

inviolable, por el juicio de los iguales, por el temperamento indócil y aventurero que corresponden á la navegacion y al comercio, por el gobierno parlamentario, por todo cuanto señala profundamente á sus dos fundamentales pueblos, los sajones y los normandos. Pues bien; no hay sino detenerse á reflexionar un poco sobre la vida histórica de Portugal y de España, para comprender que tienen la misma complexion, que producen y elaboran la misma idea, que forman la misma santa patria.

Por mucho que os empeñeis no hallais diferencias esenciales entre la region portuguesa y la region española; y cuando no hay diferencias esenciales entre las regiones, se suman como las cantidades homogéneas. Si tal es su gusto, pueden darse la satisfaccion de tener y gozar gobiernos aparte, presupuestos aparte, administraciones aparte, armadas y ejércitos aparte; nadie ménos que yo les disputa y regatea semejantes derechos, como republicano de abolengo y observador escrupuloso, por consiguiente, del respeto debido á la voluntad de las naciones. Mas no hay que olvidarlo, el equilibrio de las sociedades se funda en la conciliacion y armonía de opuestos elementos, como en la armonía de fuerzas contrarias la mecánica celeste, como en la coexistencia y correlacion de humores enemigos el cuerpo humano, como en

síntesis y series de ideas á primera vista contradictorias las síntesis de nuestra razon y las bases de nuestra ciencia. De igual suerte que hay en la naturaleza un elemento generador de lo general y de lo universal coexistente con otro elemento generador de lo individual y de lo particular; un elemento que compone la aglomeracion y colectividad de las especies junto á otro elemento que compone la expansion y particularidad de los individuos, correspondiendo á los dos principios esenciales de unidad y de variedad, hay en las sociedades impulsos de repulsion que tienden á diversificar los pueblos y aislarlos en su autonomía y en su independencia junto á impulsos de atraccion que tienden á confundirlos é identificarlos bajo la misma superior unidad. Así como es de una dificultad inmensa, y á veces insuperable, juntar pueblos nacidos para componer nacionalidades diversas, como los croatas y los húngaros, como los alemanes y los latinos, como los helenos y los turcos; es de inmensa dificultad tambien separar por las leyes humanas ó escritas los pueblos varios que han juntado en apretadísimo haz leyes naturales ó divinas. El déspota, que suma y aglomera pueblos, lanzándolos con los chasquidos de sus fustas en la misma negra ergástula, tendrá que mantenerlos por fuerza en los senos de la monstruosa prision, como hacen los czares con tantas

naciones sometidas por su férreo cetro á una imposible unidad; pero el hijo, el hermano, el padre, que se va del seno de la familia natural, como se han ido, por ejemplo, los pueblos del centro en América, por su lado cada cual, volverán tarde ó temprano, cuando generaciones más progresivas é iluminadas sucedan á las generaciones supersticiosas; volverán, sí, por propio impulso, por voluntad propia, por móviles más ó menos reflexivos, al comun techo del patrio respetable hogar.

Nadie puede romper las leyes naturales de la variedad, pero nadie puede romper las leyes naturales de la unidad. El macedonio de los Balkanes y el mongol venido desde la Tartaria al Ponto no podrán estar mucho tiempo unidos, aunque lo mande la conquista y lo necesite la diplomacia, mientras no pueden estar separados los españoles y los portugueses, aunque tengan dos gobiernos distintos y formen dos Estados diversos, porque los juntan y confunden de consuno Dios, la naturaleza y la historia.

¡Oh! ¡Cuántas mayores diferencias entre los pueblos de la península italiana que entre los pueblos de la península ibérica! Los que han unido las regiones itálicas, los fundadores de la nueva nacionalidad, hablan frances más bien que italiano. Cavour era de Saboya, Garibaldi era de Niza, y Víctor Manuel de aquella dinastía, extranjera

siempre á los negocios italianos, y suspensa por largo tiempo entre la influencia española y la influencia francesa. El Veneto, libertado de las irrupciones bárbaras en las lagunas de San Márcos, apenas tiene cosa que ver con el bizantino sustentador de la autoridad imperial de Constantinopla bajo los exarcas de Rávena; el etrusco de Toscana se diferencia mucho del sabino que puebla las montañas del Lacio; como el griego de Nápoles se diferencia del árabe de Palermo, y el árabe de Palermo, á su vez, del celta y del ibero que habita las cordilleras del Piamonte ó las costas de Liguria. Pero si nosotros dejamos aparte los vascos, raza de suyo autoctona y antigua, ¿qué diferencia encontraréis entre cántabros, galáicos, lusitanos, pertenecientes todos á la misma familia, y modificados todos por los mismos accidentes históricos? Habrá podido el normando en sus irrupciones dejar por las costas de Galicia huellas que no ha dejado por las costas de Andalucía; podrán el fenicio, el cartagines, el griego, tener en los pueblos del Mediterráneo descendencia desconocida en los pueblos de Portugal; pero el fondo celta é ibero, médula de nuestros huesos, y la sobreposición latina y árabe, obra de duradera conquista, permanece y permanecerá en toda nuestra nacionalidad, como en nuestro físico la complexion y como en nuestro moral la conciencia. Somos, pues, los iberos un solo y mismo cuerpo.

Así elaboramos la misma historia. Componemos tribus varias de pueblos, hasta que viene á darnos su disciplina y unidad la legion romana. El elemento germánico se dilata de igual manera en una y otra orilla del Tajo. Los Concilios de Braga compiten con los Concilios de Toledo. La civilizacion gótica de Portugal se asemeja en todo á la civilizacion gótica del resto de España. La misma sobreposicion en los godos del bizantinismo, absorbido al rápido paso por Grecia; la misma facilidad de cambiar la religion indígena por el arrianismo oriental, y el arrianismo oriental por el símbolo de Nicea en todos aquellos pueblos varios; el mismo respeto á la cultura y civilizacion romana y el mismo combate cruel entre los elementos teocráticos y los elementos militares; idénticos caracteres de civilizacion fundamental en unas y otras regiones. Pues así como no advertis diferencias en el paso de Extremadura á Portugal, ni diferencias en las dos orillas del Duero y del Miño y del Tajo, ménos diferencias advertís todavía en las líneas del tiempo y en los períodos de la historia. Cuando se quiebra el cetro de los godos en las orillas del Guadalete, y rápido como el viento, llega el árabe al sitio de Mérida, cuyos monumentos le inspiran admiracion tan grande, Portugal cae bajo el yugo mahometano como cayera España. Y desde que cae bajo el

yugo mahometano, es decir, desde el siglo octavo, las armas cristianas, entradas allí, cuando las dirigen reyes, están dirigidas por reyes de Castilla ó de Leon, únicos soberanos católicos que Portugal conoce hasta la época de su separacion, hasta el siglo duodécimo. Por consiguiente, la identidad es completa en toda la historia antigua, y nada ménos que en once siglos seguidos de la moderna historia. ¿Existen muchos pueblos en el mundo que alcancen esta fundamental identidad de recuerdos?

Unidos ántes, nos separamos en el siglo duodécimo por la fuerza incontrastable del elemento feudal; y vueltos á unir en la segunda mitad del siglo décimosexto, nos volvimos á separar en la segunda mitad del siglo décimosétimo por la influencia nefasta del elemento jesuítico. Pero separados y todo, cumplimos igual fin humano en la historia y en la tierra, pasamos por las mismas fases en el espacio y en el tiempo, como un pueblo solo que somos, animado de igual, idéntico espíritu. Pudo Alonso VI en su grandeza perpetuar el triste principio de la patrimonialidad de los reinos, traído de allende por Sancho el Mayor de Navarra; y despues de haberse opuesto con tanta pujanza y esfuerzo á la division feudal hecha por su padre, el primer Fernando, oposicion que le costó largo destierro entre los árabes; y despues de haber extendido Castilla y dádole una capitalidad como

Toledo, que compitiera con Búrgos y con Leon y señalára el camino de Andalucía y de Valencia, pudo dividir y rasgar el patrio suelo, legando á uno de sus yernos Portugal en feudo; pero no pudo rasgar la unidad natural de ambos pueblos y legar en feudo, por regio testamento, el alma una de la patria. Pueden las ligerezas y liviandades increíbles de Doña Urraca de Castilla y de Doña Teresa de Portugal sembrar discordias dentro de las régias familias castellanas y elevar estas discordias, engendradas muchas veces en los tálamos del adulterio, á grandes batallas guerreras y políticas; pueden aquellos extraños príncipes de Borgoña, raza extranjera y feudal, mirar ántes á la propia medra que á la grande nacion donde los habia llevado el más funesto de los principios monárquicos, el principio hereditario, personificado en las dos hijas del gran Alfonso VI; pueden, á su antojo, partir en aereolitos informes el majestuoso astro de Castilla, que se levantaba en los espacios como un sol deslumbrador; pueden las múltiples discordias que traian entre sí los Gelmirez, los Traleas, los nobles de Galicia y los nobles de Portugal, los obispos en armas y los privados y favoritos de córte, quebrantarnos y dividirnos; pero no pueden impedir que Alonso Enriquez y Alonso Raimundez, primer rey aquél de Portugal y primer emperador cristiano éste de España,

cumplan el mismo destino y combatan á los árabes con la misma pujanza, como si fueran una sola personalidad, la personalidad total de la nacion. Sí, la nacion permanece una y total, aunque sus gobiernos sean varios y diversos. Leed los volúmenes tercero y cuarto de la monumental historia que ha consagrado Herculano á su patria, y decidme si hallais diferencias muy esenciales con Galicia, Leon y Castilla en las constituciones varias y en los organismos complicados de la política y administracion general. La propiedad se constituye como en Castilla; los realengos se diferencian de los señoríos como en Castilla; los propios tienen igual influencia que entre nosotros, en la condicion de los siervos; se generan y robustecen los municipios bajo las mismas leyes generales; y se juntan las Córtes en virtud del mismo principio y para satisfacer una misma necesidad.

Y continúa la identidad. El siglo décimotercio es en Portugal, como en Castilla, el siglo de las épicas victorias sobre los árabes y de la rápida extension de los Municipios en la sociedad. Á comienzos de tan grande siglo, los portugueses contribuyen á la victoria sobre los almohades en las Navas, como habian contribuido en el siglo duodécimo al combate con los almoravides en Extremadura y contribuirán en el siglo décimocuarto á la rota de los benimerines en las orillas del Salado.

É igual identidad, igual, durante la centuria que sigue á la centuria décimatercia. El rey D. Pedro de Portugal es el mismo rey D. Pedro de Castilla, como D. Pedro de Castilla es el mismo rey D. Pedro de Aragon. Los tres representan la supremacía del Estado central sobre los Estadillos feudatarios; los tres sirven á la unidad monárquica; los tres combaten con sus respectivas aristocracias; los tres representan el terror de una revolucion radical contra el feudalismo histórico; y, por tanto, los tres recurren con igual empeño á la crueldad y á la perfidia. Despues de todo esto, nada significa, pero absolutamente nada, que Castilla y Portugal tuvieran diferencias, terminadas por la batalla de Aljubarrota, cuando acababan de combatir, en porfias diversas, Castilla y Leon, Cataluña y Mallorca, destinadas á formar una sola nacionalidad, que ha de permanecer íntegra y una por siglos de siglos en el espacio y en el tiempo.

Pero donde la identidad más se revela es en el siglo de los descubrimientos. El infante D. Enrique de Portugal, presidiendo las huestes cristianas desde Lisboa á Ceuta, é internándose por los desiertos africanos, con la fe viva en Dios y la esperanza de dilatar la patria, no busca tanto como él creía un camino que le lleve hácia el Oriente y sus soñados imperios, no; busca el desquite de toda la raza ibera, y abre frente á frente de los últimos

términos, donde la Europa se acaba y el sol se pone, las puertas del África, inscribiendo en ellas de antemano, y con las previsiones proféticas del genio, los enigmas de un ministerio histórico y social que tratáran de cumplir Cisnérós y Cárlos V, como D. Enrique, D. Fernando y D. Sebastian de Portugal: prueba del pensamiento comun y de la comun voluntad que animan á toda nuestra raza. ¡Oh! aquel príncipe constante, martirizado en los desiertos africanos, y al cual consagrará Calderon uno de sus inmortales dramas, representa todavía, con la fijeza dada por el arte á todos sus prototipos, la paciencia y la tenacidad que ha de tener nuestra raza y emplear en su futura obra de civilizar el Imperio marroquí y extender la cultura ibérica por el norte de África. Yo he oido á los pilotos de nuestras naves, á los cronistas de nuestro ejército, á cuantos acompañaron las españolas huestes por los desfiladeros de Sierra-Bullones, por las campiñas de Tetuan, por los arenales de Vad-Ras, cómo todavía, en los arreboles formados por los rebotes del sol sobre las áureas arenas del desierto y en las orillas recamadas por las azules ondas mediterráneas y sombreadas por las palmeras orientales, ven los ojos cristianos, exaltados por la fiebre que dan aquellos climas y aquellos recuerdos, la imágen del rey D. Sebastian señalando, como los ángeles batalladores en los

cuadros de los combates religiosos, con su cetro de oro y su espada de fuego el camino sembrado con los huesos de sus legiones de mártires, por dónde hay que ir al comun logro de nuestro pensamiento nacional.

Pero ¿qué más? Cuando Constantinopla cae y América surge; á la hora de las grandes revelaciones, en que Polonia, por medio de sus astrónomos, fija nuestro sol en el foco de las elipses planetarias, y Alemania, por medio de sus doctores, fija la conciencia libre en los senos del alma emancipada, é Italia, por medio de sus artistas, levanta las estatuas antiguas, dobla la historia europea, trasfigura en los Tabores de sus artes al hombre moderno; el indio histórico, creador de los dioses arias, oráculo y origen del paganismo griego, cargado con toda la joyería de los primeros tiempos de las castas, llega bajo la mano de Gama, en aquellas naves que han vencido mil tormentas y que han descubierto mil enigmas, á los muelles de Lisboa, casi al mismo tiempo que llegan á los muelles de Barcelona, bajo la mano de Colon, los indios de la jóven América, trayendo los unos la tierra oriental, el mundo de lo pasado, y trayendo los otros la tierra occidental, el mundo de lo porvenir; expediciones en las cuales no sólo se recogen las perlas y esmeraldas que van á coronar las sienas del Renacimiento, los aromas de olorosas

especies que van á embriagar los sentidos y encender la sangre, los coros de islas y el número de continentes que van á extender nuestro nombre y á esparcir naciones de nuestra estirpe ilustre por todos los senos del mar y de la tierra, si no como vías lácteas de ideas que han de iluminar al planeta, como provenientes de un genio para el cual no habrá, como para su sol no hay ocaso en el cielo, eclipse ni ocaso en la Historia. ¡Oh! Realizamos una obra comun españoles y portugueses. Os atrevisteis vosotros á llamar al cabo de las tormentas tórridas el cabo de la Buena Esperanza, para que ningun barco explorador se detuviera, como nos atrevimos nosotros á pasar la nefasta línea ecuatorial para que ningun pueblo quedara oculto á la humana vista; fuisteis vosotros, con vuestros Alburquerque y Almeidas y Vascos, al mar Rojo, á la isla de Ceylan, que os ofreció los tributos de su vida exuberante, al canal de Mozambique, á la misteriosa Etiopía y á la fecunda India, entrando en aquellas ciudades antiguas que os revelaban sus secretos, á guisa de templos profanados, como fuimos nosotros por los Andes, por el Imperio inca y azteca, por las Antillas, aperci biendo tierras nuevas al nuevo espíritu; y luégo, unidos con Magallanes y El Cano, pasamos de Europa al Asia por un estrecho que parecia en el Nuevo-Mundo abierto á nuestros milagrosos con-

juros, circunvalamos por vez primera la tierra, dejando toda su esfera ceñida con tal zodiaco de glorias lusitanas y españolas, que brillarán en la memoria tanto tiempo como puedan brillar las várias constelaciones en la inmensidad de los cielos. Si Alemania fué la reveladora de la conciencia, Italia la reveladora del arte, Portugal y España han sido las reveladoras de la Naturaleza.

No quiero continuar buscando igual identidad en la historia de nuestra servidumbre y de nuestra desgracia. Olvido cuanto hiciera la Inquisicion por abrasar la sangre de nuestras venas y el jesuitismo por extinguir las ideas de nuestro espíritu. Callo la identidad de nuestra suerte, no sólo bajo el centro de los dos Austrias, sino despues de haberse apartado ambas naciones, más por la torpeza de Felipe IV y su valido que por la voluntad y el deseo de Portugal y los portugueses. Cuando vosotros llorabais por calles y plazas la muerte del primogénito de D. Juan II, en cuyas sienes se veia resplandecer, por combinaciones dinásticas, la corona de España, llorabais vuestra separacion de nuestra patria, como nosotros, cuando vamos al monasterio de los dominicos de Ávila y vemos en el crucero la tumba gótica del príncipe destinado en el pensamiento de los Reyes Católicos á recoger las dos diademas y fundirlas en una sola, nos entristecemos al recordarlo malgrado en su moce-

dad, por nuestra separacion de Portugal. Separados y todo, vuestro siglo décimo-octavo es idéntico á nuestro siglo décimo-octavo, y vuestro siglo décimo-nono idéntico á nuestro siglo décimo-nono. Teneis que recabar como nosotros la independencia patria, herida por la triste ambicion de los Napoleónidas; y teneis, como nosotros, que recabar las libertades modernas en revoluciones audaces contra los conjuros y los esfuerzos de la reaccion universal. Por consiguiente, fuimos unos ayer, somos unos hoy, serémos unos más todavía mañana.

Las instituciones modernas tienen de bueno que no se dejan limitar, cuando así conviene á los intereses generales, por antiguas potestades históricas más ó ménos valiosas. Dentro de la política contemporánea, y de sus combinaciones, sobran recursos para estatuir formas y maneras de vida, que prestándonos la fuerza propia de todas las grandes unidades sociales, no mengüen para nada nuestras respectivas autonomías y nuestra mutua indispensable independencia. Antes de llegar á donde llegarán, digan lo que quieran las generaciones presentes, á donde llegarán, repito, las generaciones venideras, á una confederacion, hay que preparar muchos caminos, y hay que hacer muchos pactos, así mercantiles como diplomáticos, así literarios como económicos, á fin de obligar á confluir nuestras vidas en los mismos cauces